

FESTEJOS POPULARES DE CANARIAS

“Fiesta del Diablo”, en Tijarafe (La Palma)

TALIO NODA GÓMEZ

Musicólogo

Fotos: Francisco Santana Mujica

Es la “Fiesta del Diablo” una de las más populares que se celebran en la isla de La Palma. Cada año son miles los visitantes que acuden a Tijarafe —pueblo del noroeste de la isla— para



conmemorar la festividad de la virgen de Candelaria, más comúnmente denominada “Fiesta del Diablo”.

Siempre ha sido una incógnita la procedencia de este simbólico personaje que ha dado nombre a tan popular fiesta. Gracias a las investigaciones de don José Luis García Francisco —empleado del Ayuntamiento del pueblo de Tijarafe y principal informante en nuestro trabajo—, así como a las notas recogidas entre los vecinos, hemos podido confeccionar estas líneas para dar a la luz una breve historia de lo que ha sido y es hoy “El Diablo” en las fiestas de Tijarafe.

Podríamos dividirlo en cuatro épocas principales: 1º Cataclismo (1910); unos 4 ó 5 años. 2º El Diablo (1923), unos 3 ó 4 años. 3º Sinforiano, unos 3 ó 4 años y 4º El Diablo, hasta hoy.

1º CATACLISMO

A comienzos de nuestro siglo llega a Tijarafe, desterrado por motivos políticos, un señor procedente de la Península. Sus cabellos, igual que su barba, son pelirrojos, por lo que le decían “Barba Roja”. Este señor se casa en el barrio de Aguatavar con una vecina del lugar.

Muy pronto demuestra sus aptitudes para los trabajos manuales, así como su gran inteligencia, prestándose a colaborar en las fiestas, con títeres y otras actividades donde desarrollar sus valores.

Por el año 1910 creó un machango, que llamó “Cataclismo”, de unos tres metros de alto, con unas manos enormes y vestido con telas negras.

Dentro de este machango se metía una persona —que solía ser el mismo Barba Roja— y lo bailaba por la plaza en los días de fiesta, mientras los niños corrían detrás de él. Junto con este machango creó Barba Roja varios gigantes y cabezudos, en los que —probablemente— plasmó su forma de ver la sociedad, y que son los que todavía hoy acompañan al diablo cuando sale en las fiestas de Tijarafe. Este machango no despedía fuego, por lo que quizá no guarde relación directa con el diablo posterior, pero sí los gigantes y cabezudos que han perdurado desde esa época hasta nuestros días.

2º EL DIABLO

Tres tijaraferos —Antonio Cruz, Pedro Brito y Orosio Martín, este último contando solamente quince años— crean en el año 1923 el machango del diablo, que hoy con algunos cambios, se sigue usando. Surge la idea con motivo de una fiesta de juventud el día siete de septiembre —víspera del día de la virgen de Candelaria, patrona de Tijarafe— y desde entonces es ese día el que han escogido para sacar al diablo en las fiestas principales del pueblo —“Fiestas del Diablo”—.

Lo construían con tablás forradas de sacos y aros metálicos —como los de las pipas de vino— y de papeles, unos pintados y otros de colores.

Antes de bailararlo, le daban una lechada de cal en toda la carcasa exterior para protegerle del fuego, por lo que este diablo era blanco con algunos adornos de papel de colores (una “corbatita”, un “cigarrito”, etc.).

3º EL SINFORIANO

A los pocos años se crea un nuevo machango, al que le ponen el nombre de “Sinforiano” y que bailan también en la fiesta. Consistía este machango en una especie de figura humana colocada encima de un barril —donde antes venía el cemento—, al que forraban y adornaban con papeles de colores y otras cosas.

Dentro del barril se colocaba una persona, que por medio de unos hilos hacía mover las manos —única parte móvil del Sinforiano—. En cada dedo de las dos manos el muñeco llevaba un volador, y en la boca una bengala encendida. Al levantar la mano, se hacía llegar de una forma calculada al milímetro, hasta la boca un volador de cada dedo. El volador prendía y explosionaba. Al terminarse los diez voladores y consumirse la bengala de la boca, explotaba la cabeza, también llena de voladores.

En una ocasión, don Orosio Martín —que accionaba los hilos— estuvo a punto de morir quemado, pues se incendió la base al explotar la cabeza.

Duró el Sinforiano sólo tres o cuatro años, y se dejó de construir porque don Pedro Brito, el colaborador más asiduo, se fue a Cuba, donde falleció.

4º EL DIABLO

Después del Sinforiano vuelven a construir nuevamente el diablo, que es parecido al que se hizo en 1923.

Minarlo —ponerle las mechas y los voladores— es lo más difícil. Antes lo hacían con mecha de barrenos, que quemaba lenta y “es buena” para el propósito, pero la han suprimido porque suelta muchos gases. En los años treinta empiezan a minar al diablo Orosio y Nicomedes Martín, dos hermanos, ayudados por colaboradores que cubren la etapa del diablo anterior a la guerra.

Lapsus con la guerra y posteriormente aparecen otras personas que minan el diablo y lo echan a la calle: Eustaquio Pérez, Nicomedes, etc. y más tarde Antonio Díaz. En la época de Eustaquio le ponen el fajín como alegoría de fuerza —hacían lo mismo con el mejor luchador de lucha canaria—.

En la forma descrita continuó unos veinte años saliendo el diablo a la fiesta hasta el 78. A partir de entonces los minadores han sido los “Ventura”, piro-técnicos de Santa Cruz de La Palma.

Al levantar la carcasa-armazón que representa al diablo para colocárselo “al que lo corre”, hay que tener mucho cuidado, porque cualquier roce con los voladores o las mechas puede hacer que el proceso de “la quema” falle, provocando algún accidente: son más de quinientos voladores los que tienen que hacer explosión y de tres a cuatro mil las personas que lo rodean en la plaza, aparte de muchos más que desde fuera le siguen a distancia.

Algunas veces ha habido accidentes, pero nunca importantes. Unos por asfixia del que lo corre, pues sólo puede respirar por los orificios de la nariz, los ojos y la boca del machango; y otros por explotar la cabeza y el cuerpo juntos, como ocurrió en el año 83, hiriendo al que iba dentro. Hay que tener en cuenta que la carcasa pesa de treinta a cuarenta kilos y es incómoda de cargar; su rigidez permite muy poco movimiento al que la lleva. Debido a estos inconvenientes, el encargado de bailararlo este año se negó a hacerlo en el momento de salir, pero fueron unos diez voluntarios los que se presentaron, ya que para todos los tijaraferos, y muy especialmente para doña María Nieves, su alcaldesa, como representante del pueblo, es un orgullo mantener esta tradición de creación reciente y ya popularizada en la isla.

El diablo tiene un aspecto alegre, festivo, pero también filosófico, de “mensaje” y hasta brujeril. Antes de salir él a la calle, lo hacen los gigantes y cabezudos, que se integran en la fiesta bailando y tomando confianza con la gente. Estos gigantes y cabezudos son: un negro, un millonario —con chistera—, un oriental, un mendigo, un indio americano, los Reyes Católicos —que son los gigantes—. Estos personajes simbolizan a toda la sociedad, junto con la gente que está allí, en la fiesta —el público—. Cuando sale el diablo, esa sociedad —los gigantes y cabezudos— procuran protegerlo y resguardarlo de los empujones, sacándose la conclusión de que el diablo está entre nosotros y hasta le amparamos para que continúe su misión. La parte que podríamos considerar como brujeril —la quema— no se hace de forma estática, como en otros casos (“la quema de Judas”, “El entierro de la sardina”, “Las hogueras de San Juan”, etc.), sino que el diablo se mueve y llega a escapar por su propio pie, sin ser destruido totalmente. “El mal no se destruye; se aleja momentáneamente, pero puede volver”.